

EL DIARIO DE UNA GUERRA

23 de agosto del 1950

El inicio es lo peor

Hemos sido invadidos; llevamos días intentando evitarlo, pero *E-Coli* ha entrado en nuestros territorios. Nos ha cogido desprevenidos y ha habido muchas bajas entre los nuestros: gran parte de ellas han sido ciudadanos que proveían de alimentos a la ciudad. Ahora que han disminuido los suministros, muchos han enfermado y otros han sido fríamente asesinados por los enemigos. Desde aquí en la Central nos sentimos débiles, incapaces de defendernos ante esta amenaza; estamos luchando con todas nuestras fuerzas pero no logramos salir hacia adelante. Poco a poco se van perdiendo las esperanzas.

25 de septiembre del 1950

Estamos viendo una posibilidad

La guerra sigue en pie y, dadas las batallas perdidas, hemos introducido a nuevos soldados. *E-Coli* ha conseguido evadirnos e inmunizarse a muchos de nuestros ataques, pero confiamos plenamente en *Fago λ*. Ellos tienen un plan perfectamente elaborado que consiste en dos ciclos calculados a la perfección: en primer lugar, tenemos a *lisogénico*; durante esta parte se introducirá a nuestros atacantes en el campo de batalla sin llamar la atención de las defensas; se dirigirán principalmente donde tienen todas las reservas de alimentos, donde tenemos infiltrados entre los enemigos para que llegar hasta nuestro objetivo sea más fácil; en esta fase tenemos asegurado el éxito y, si todo sale bien, me atrevería a decir que incluso ganaríamos la guerra.

Después de haberse infiltrado, viene la parte divertida, donde podremos empezar a saborear la victoria: la fase de ataque llamada *lítico*. Entrados en el campo de batalla, empezarán a debilitar a todos los aliados de *E-Coli* de maneras discretas; de hecho, no tienen pensado atacar directamente en ningún momento durante toda la estrategia, solo se dedicarán a sobrevivir a base de las reservas del enemigo, agotándolas y, así, dejándolos sin recursos. Ellos no tienen las armas para derrotarlos, nunca se han enfrentado a nada igual y eso juega evidentemente a nuestro favor, así que, si deciden atacar, lo único que conseguirán es debilitarse entre ellos, pero no causarán ningún daño a nuestros aliados. Aparte de no dejarlos alimentarse, estarán demasiado débiles para aumentar en número, por lo que irán muriendo agónicamente de hambre y desnutrición sin la posibilidad de reemplazar las bajas ni evadir a nuestros soldados. Jamás encontrarán la manera de destruirlos ni de inmunizarse ante ellos y, como no entraremos en batalla, todos los nuestros sobrevivirán y se mantendrán al frente para evitar próximos ataques. Gracias a ellos y a su plan, hemos recuperado las esperanzas para seguir adelante.

27 de agosto del 1950

Saboreando su agonía

Ya ha iniciado el plan y todos los soldados *Fago λ* están infiltrados. Han logrado evadir a las defensas enemigas con éxito y nuestros soldados anteriormente infiltrados han jugado un gran papel. Ya han empezado con el ciclo lítico y el aumento de soldados *E-Coli*, al igual que sus ataques, ha disminuido considerablemente en estas pocas horas. Desde aquí, en la base, disfrutamos viendo cómo enferman lentamente y cómo desesperan por no poder parar ese fenómeno desconocido para ellos; disfrutamos ver cómo ha cambiado el rol, ya que

son ellos quienes sufren ahora, quienes agonizan. De cierto modo se lo merecen, ya que fueron ellos quienes iniciaron esta guerra innecesaria. Nosotros ya sentimos ese miedo tan extrañamente primitivo, el miedo que hemos llegado a sentir casi todo el mundo en determinados momentos de peligro, el miedo a morir. Después de tanto padecer por su culpa, ahora les toca a ellos sentir ese desagradable sentimiento y, a nosotros, la sensación de tener el poder sobre sus vidas y el dulce sabor de la victoria entre nuestros labios.

4 de septiembre del 1950

Celebrando su derrota

Ya ha pasado una semana desde nuestro plan y no hay señales por parte de los enemigos en la zona. Tal y como habíamos acordado, *Fago λ* sigue al frente para prevenir cualquier futuro intento de ataque por parte de *E-Coli* y, mientras ellos cuidan la frontera con sensación de orgullo por haber derrotado a quienes invadieron nuestras tierras, en la ciudad no hacemos más que celebrar con alegría y emoción. Los cantos, las risas, los gritos y el sonido de copas y jarras chocando ambientan todas las plazas, tabernas y casas de toda la ciudad, donde el olor de las típicas bebidas de celebración también se hace presente: los adultos más sofisticados beben vino mientras cuentan anécdotas heroicas de estos días en los que el valor ha sido más que necesario; los jóvenes alocados mezclan diferentes bebidas mientras cortejan a las bellas muchachas y estas, llevadas por la alegría del momento, aceptan un baile entre risas y mejillas sonrojadas.

En estos instantes toda la ciudad es alegría, aunque hay una sombra oscura que cubre algunos hogares que no pueden olvidar las muertes del inicio. En estas familias, además de celebrar la victoria de esta guerra, rezan para los que han

perdido para darles las gracias y pedirles que este terrible suceso no vuelva a ocurrir.

Anna Pons Rodríguez
Institut Manuel de Pedrolo